

## **GÉNESIS DEL PARTIDO LIBERAL SANTAFESINO**

**Por Patricia Pasquali  
Rosario**

### **Santa Fe y la lucha por la integridad nacional**

La génesis del partido liberal santafesino está estrechamente ligada a la resolución del largo conflicto de dominación sostenido, altiva pero precariamente, por la Confederación urquicista con el Estado secesionista de Buenos Aires.

En la década que precedió a la batalla de Pavón alcanzó contornos dramáticos la puja de las tendencias autonómica-igualitaria y centralizadora-hegemonizante, gestadas desde los albores de la emancipación, que pretendieron imponer en ese nuevo tiempo de la Organización Nacional sus respectivos modelos de país.

Muchos puntos en común había entre sendos proyectos, en tanto emanados de la clase dirigente litoral, cuyos soportes sociales estaban conformados por terratenientes y comerciantes con intereses regionales comunes y que, por lo tanto, cifraban las bases de desarrollo del nuevo Estado en la integración plena al circuito capitalista internacional, a través de la intensificación de la economía primaria exportadora. También ambos concordaban en la adopción del modelo político liberal, fundado en la libertad y en la propiedad. Pero toda esa coincidencia ideológica chocaba contra una barrera insalvable que los tornaba incompatibles : mientras uno resistía la fuerza centrípeta emanada de Buenos Aires desde la etapa virreinal, procurando hacer efectivo el federalismo político y económico; el otro sólo creía posible el progreso si se aseguraba el predominio del que concebían como el único lugar del país en el que imperaban las luces y la civilización, cuyos hombres tenían la misión histórica de imponerlas en el interior barbarizado. Para ello era preciso continuar detentando la disponibilidad de los recursos de la principal aduana del territorio nacional y mantener la vigencia del monopolio comercial, fundamento clave de la supremacía política bonaerense.

La historia santafesina posterior a 1810, había venido reflejando esa dualidad en la división que se produjo en su dirigencia entre los sectores que, en las diversas etapas que sobrevivieron, lucharon por la autodeterminación y los que aparecieron como representantes, aliados o beneficiarios del poder central. Pero estos últimos elementos aporteñados quedaron poco menos que neutralizados cuando la pugna de intencionalidades entre porteños y provincianos alcanzó su clímax configurando una fisonomía bipartida de país.

En ese período, Santa Fe hizo honor a aquella tradición -más mítica que real- de aguerrida opositora a la supremacía de Buenos Aires.

"Convalece esta importante provincia -se decía en La Confederación- de los hondos sacrificios que pesaron sobre ella durante la última guerra en pro del noble principio de la

integridad. Vanguardia del sentimiento y del interés nacional, no ahorró esfuerzo, no ahorró abnegación ni sacrificios".<sup>1</sup>

En efecto, hacia 1860, las páginas de los periódicos trasuntaban la imagen de una provincia consubstanciada con su más recia postura federalista, inmersa en una lucha heroica por la unidad nacional, a la que había sacrificado importantes intereses materiales (léase abolición de los derechos diferenciales), viéndose luego burlada por la resistencia que opuso el gobierno bonaerense al cumplimiento efectivo de lo estipulado en el pacto de San José de Flores.

Esa tozudez porteña brindó ocasión para que nuevamente se activaran las esperanzas de los que, de este lado del Arroyo del Medio, tampoco miraban con entusiasmo la concreción de la unidad nacional. En efecto, durante el duro tiempo de la soberanía dividida se había gestado, en torno al puerto de Rosario, un centro de fuertes intereses mercantiles en competencia agresiva con Buenos Aires. Obviamente, los "diferencialistas" veían en la reincorporación de esa provincia el factor de su propia ruina; por eso contribuyeron a atizar la hostilidad contra ella, actuando como grupo de presión en pro de la separación definitiva:

"La unión como está organizada hoy es un sarcasmo, una mentira -decía El Progreso-. Tome Santa Fe la iniciativa de esta empresa que tiene por objeto salvar la República de sus conflictos. Levántese el Rosario, esta ciudad agonizante por el monopolio de los *liberales* y sea ella la primera en protestar contra una unión que nos arruina y nos mata".<sup>2</sup>

No puede afirmarse que toda la provincia compartiera esa postura extrema; en general predominaba un anhelo unánime de paz, sea cual fuese el medio que se utilizase para lograrlo. Si bien, la animosidad hacia Buenos Aires era un sentimiento generalizado en las provincias y había cobrado más fuerza en el litoral, en virtud de la rivalidad regional de intereses similares; dos años antes de Pavón, detectamos importantes síntomas de que la antinomia porteños-provincianos estaba perdiendo su carácter de absoluta y parecía en camino de ser superada, al menos por parte de los sectores más ilustrados de la dirigencia, como así también de los pragmáticos, que ya no confiaban en la factibilidad de la imposición exitosa del proyecto nacional emanado del interior.

Factor fundamental de ese cambio fue el ascenso de Bartolomé Mitre a la gobernanación de Buenos Aires, quien hasta ese momento había sostenido con energía la bandera de la revolución de septiembre, convirtiéndose en el ídolo de los liberales progresistas, en particular de los más jóvenes, nucleados en el *Club Libertad*. Por eso resultó sorpresivo el programa conciliador tendiente a acelerar la reunificación nacional expuesto en su discurso de asunción del mando, contribuyendo a captarle numerosas simpatías entre los hombres de pensamiento liberal de la Confederación.

Entre los que residían en Santa Fe y que entablaron por entonces correspondencia epistolar con Mitre se fue afirmando la convicción de que dicho general estaba signado a constituirse en el hombre clave de aquella coyuntura por su predisposición contraria al mezquino

localismo separatista de la ciudad-puerto; ellos, por su parte, pronto comenzaron a reivindicar el papel tutelar de ese Buenos Aires, que por fin parecía orientado hacia la nacionalidad. El mismo gobernador santafesino, el coronel Rosendo María Fraga -quien, al calor de una tendencia liberal pro porteña, fácilmente incubable durante el gobierno del ambiguo Derqui, se había alejado de los elementos lopiztas que lo habían entronizado- se contó entre los admiradores de Mitre<sup>3</sup>; más tarde, cuando se vio obligado a abandonar su puesto, fijaría su residencia en Buenos Aires, de donde era oriundo, e incluso pocos días antes de Pavón se sumó a las filas del ejército porteño, dispuesto a cumplir cualquier servicio "con que se me quiera honrar entre los defensores de Buenos Aires, donde tengo el noble orgullo de haber nacido" <sup>4</sup>. También dos prestigiosos miembros de la Generación del 37 se pusieron en contacto con el gobernador porteño. Uno de ellos era el abogado Avelino Ferreyra, afincado en Rosario, quien había contribuido a formar doctrinariamente al círculo de liberales principistas, encabezado por Fernández y Nicolórich, que, inmediatamente después de Pavón, tendría una actuación notoria. Al felicitar a Mitre por su asunción del mando le decía: "Gastados y desprestigiados todos nuestros grandes hombres públicos por la farsa sangrienta que han hecho de nuestro régimen político, ya nadie tiene fe en ellos [...] Se necesita, pues, un hombre esforzado, de conocidos talentos que no haya mentido y que por sus honorables antecedentes merezca la confianza de la mayoría de la Nación. Yo vislumbro que Dios lo ha conservado y lo muestra ahora al país con ese espectable puesto para que sirva de núcleo de concentración del pensamiento y el esfuerzo de todos los patriotas" <sup>5</sup>. El otro era el director del Banco Mauá de la misma ciudad, el doctor Juan María Gutiérrez, vinculado por lazos parentales a los Cullen y a Oroño, quien se adelantaba a trazar la línea de acción a seguir para sentar las bases de una renovada alianza entre el litoral fluvial y Buenos Aires: aconsejábale a Mitre que sus hombres tomaran injerencia directa en el gabinete de Derqui y que respetasen plenamente el principio de la libertad de las aguas: "si el gran río sobre el que está situado ese pueblo -decía- se forma del caudal que le tributan los que riegan el territorio argentino, la riqueza que se desenvuelva a las márgenes de éstos, irá a acrecentar forzosamente la riqueza del antiguo y vasto mercado argentino del Río de la Plata" <sup>6</sup>.

Esta correspondencia es representativa de un fenómeno político de suma trascendencia para el desarrollo futuro de los acontecimientos: comenzaba a esbozarse una nueva alineación liberal mitrista en importantes sectores de la élite dirigente de la Confederación. Para entonces, los hechos habían demostrado que sólo la voluntad del gobierno porteño podría concretar lo que la conducción provinciana no había conseguido ni por la vía conciliatoria ni por la imposición bélica. La pauperización creciente de la Confederación, trabajada además por divisiones intestinas, vendría a vigorizar la convicción de la necesidad de retornar al "orden natural" de la política rioplatense, quebrado en Caseros, cuando se produjo el desplazamiento territorial hacia el litoral de un centro de poder que, desde la Revolución de Mayo y sin solución de continuidad, había permanecido en Buenos Aires<sup>7</sup>.

Tal fue la circunstancia histórica que sirvió de marco a la conformación del partido liberal en Santa Fe, cuya aparición resulta inextricablemente ligada a la creciente convicción de que el

precio de la unidad nacional era el reconocimiento del liderazgo porteño; aunque posteriormente se evolucione hacia el rechazo de toda pretensión de tutelaje mitrista.

### **La política de Derqui y su inclinación al cullismo**

En Santa Fe nunca había existido una oposición de peso al Partido Federal dominante. Si en la etapa rosista hubo figuras que sumaron su concurso a los levantamientos contra el dictador porteño, como Domingo Cullen y Santiago Oroño, la preponderancia de Urquiza luego de Caseros había uniformado el panorama político santafesino y toda la dirigencia provincial militó desde entonces en las filas del Partido Nacional, encabezadas por el caudillo entrerriano, a quien, además, la ligaban intereses comunes derivados de la coparticipación en empresas lucrativas. Por lo tanto, la división política se redujo durante esa etapa a la puja de predominio entre dos círculos, el "cullista" (por José María Cullen), de tendencia más liberal y modernizante, propensa a la inclinación hacia Buenos Aires, y el "lopizta" (por Juan Pablo López), más conservador y apegado a la herencia caudillista, en actitud intransigente y combativa frente a la injerencia porteña. Pero, en verdad, sólo después de Pavón se producirá en la provincia un reordenamiento político en el que los sectores adheridos a la nueva situación tratarán de justificar su viraje oportunista sacando a relucir los polvorientos antecedentes "unitarios" de sus ancestros y esto les permitirá hacerse con la conducción del flamante partido liberal santafesino, inexistente antes de aquel hecho de armas.

La política desarrollada por Derqui, en el plano local, tendió a favorecer al sector moderado del partido federal de la provincia, aparentemente menos adherido a la figura dominante de Urquiza que el *lopizta*. Esta tácita alianza se puso claramente de manifiesto cuando se convocó a elecciones de representantes para integrar la Convención ad hoc que debía reunirse en Santa Fe para pronunciarse con respecto a las reformas introducidas por Buenos Aires a la Constitución de 1853. Por entonces la sorda lucha entre Derqui y Urquiza había otorgado mayor relieve a la contienda y la táctica del Presidente consistió en asociar a sus trabajos a "prohombres de lo que se llama partido federal y que inspiren confianza a éste" <sup>8</sup>, pero que al mismo tiempo estuviesen dispuestos a arribar a un rápido acuerdo con los porteños. Obviamente debía buscarlos en las filas del sector *cullista*.

Lo notable fue que en esas elecciones de agosto de 1860 se dio una doble polarización con base geográfica: los candidatos de la línea federal neta o *lopizta*, que a su vez representaban al sector urquicista, se impusieron en los departamentos del norte; mientras que los representantes de la línea federal moderada o liberal, hechuras de la política derquista, triunfaron canónicamente en el sur. Como en Rosario el número de sufragantes fue notablemente superior al de los demás departamentos en conjunto<sup>9</sup>, sus candidatos se impusieron y representaron a la provincia. Para que ello aconteciera había tenido lugar un novedoso despliegue de actividad partidaria que cristalizó en la primera experiencia de agrupamiento político orgánico en clubes electorales. Gestor de la misma había sido el emigrado porteño Federico de la Barra, quien consiguió

conformar el *Club Constitución*<sup>10</sup>. Este sostuvo como candidatos a convencionales a dos conspicuos miembros del círculo cullista, el doctor Marcelino Freyre y Nicasio Oroño, los que con el decidido apoyo oficial del Presidente y del gobernador<sup>11</sup>, lograron imponerse a las candidaturas de Simón de Iriondo, José Gelabert y Benjamín Victorica, a pesar de los triunfos parciales obtenidos por los dos primeros en la Capital y San José, respectivamente<sup>12</sup>. Cabe reparar en este importante movimiento de politización urbana que comenzó a gestarse en el sur santafesino, pues estaba destinado a ir *in crescendo* en los años subsiguientes, en forma paralela a la violencia electoral.

Como sabemos, en la Convención nacional reunida en Santa Fe se asistió a la inesperada alianza entre el sector de diputados que respondían a Urquiza y los representantes y aliados de Buenos Aires, admitiéndose en bloque y por aclamación las reformas propuestas.

Si bien los convencionales por Santa Fe no pertenecían al grupo de los más intransigentes, tampoco se mostraron partidarios de aceptar las reformas indiscriminadamente, como los urquicistas, entre los que se contaba nada menos que el santafesino Juan Francisco Seguí, constituyente del 53 y crítico severo de las enmiendas porteñas en *El Nacional Argentino* hasta poco tiempo atrás.<sup>13</sup> Muchos años después Oroño destacaría aquella incongruencia:

"esa constitución, que no debió decorosamente aceptarse por la Convención Nacional de Santa Fe, sin estudiar y reformar las reformas, fue sin embargo, aceptada por aclamación a iniciativa de los amigos del General Urquiza y en contra de la voluntad del Dr. Derqui y sus amigos"<sup>14</sup>.

En tanto, el gobierno de Fraga tenía descontentos a todos los círculos políticos de algún predicamento en la capital santafesina, los que arremetieron contra el mandatario advenedizo. Jaqueado por cullistas y lopiztas, el gobernador debió presentar su renuncia al principiar el mes de diciembre de 1860, cuando se conoció en la provincia el asesinato del gobernador José Antonio Virasoro y sus allegados, en San Juan.

El mandatario electo para completar el período de Fraga fue don Pascual Rosas, quien representaba el retorno a la línea federal tradicional, heredera o continuadora del lopizmo. Llegaba al poder en el momento en que volvían a enardecerse los ánimos contra Buenos Aires, a cuya prensa desaforada de inspiración sarmientina se la responsabilizaba de haber instigado la masacre de San Juan.

### **Pavón: disímiles reacciones de la dirigencia santafesina**

Se sucedieron luego los hechos de la intervención federal a San Juan a cargo del general puntano Saá, el combate de Rinconada del Pocito y la consiguiente eliminación de Aberastain. Por último, el rechazo de los diputados porteños en el Congreso de Paraná hizo inevitable el desenlace bélico del 17 de setiembre de 1861, que culminó con el desconcertante retiro de Urquiza y sus

fieles entrerrianos.

Derqui, con una energía inusitada decidió entonces desde Rosario, asumir la continuación de la lucha y el 19 lanzó una proclama dirigida a los "Vencedores de Pavón": " Si no basta una batalla daremos cien batallas" <sup>15</sup>. Al gobernador Pascual Rosas, que lo secundaba, le tocaría, en los meses sucesivos, la dura e ingrata misión de organizar una resistencia agónica y desesperada, sin posibilidad de éxito alguno.<sup>16</sup>

Se ordenó la reunión de fuerzas, pero la abstención de Urquiza dificultó la tarea. Desde esta orilla del Paraná se clamó por la presencia de ese jefe, a quien se le aseguraba que "el entusiasmo de los santafesinos para defender su tierra, raya en locura" <sup>17</sup>. Pero sucedía que, desde fines de setiembre, el general se hallaba empeñado en negociaciones con el gobierno de Buenos Aires a través de la mediación de don Juan Cruz Ocampo, las que durarían hasta principios de diciembre. Durante todo ese tiempo no desalentó la lucha de los resistentes santafesinos; por el contrario, contó con ellos, les suministró medios de movilidad y mantuvo hasta el último momento las esperanzas de sus partidarios centradas en su retorno al teatro de la lucha o, al menos, en el envío de una fuerte partida de soldados entrerrianos para repeler a los porteños. Condenó así a la provincia a un sacrificio inútil para resguardar sus espaldas y presentarse con más fuerza en la conclusión del arreglo que le permitiera mantener el control político de Entre Ríos.

En tanto, la soldadesca federal saqueaba el sur de Santa Fe y el norte de Buenos Aires, destacándose particularmente los excesos de las fuerzas que respondían al puntano Juan Saa, dedicadas a la tarea de arrear ganado hacia el sur de Córdoba y San Luis. José Iturraspe le confesaba a Urquiza desde Santa Fe: "no son exageradas las noticias que han circulado respecto a los daños causados en esta provincia y es cierto que se han cometido desórdenes de toda clase y se ha hecho daño que costará mucho recuperar" <sup>18</sup>. También Antonio E. Martínez le escribía al caudillo entrerriano requiriendo su presencia de este lado del Paraná no sólo "para complementar nuestro triunfo, sino porque se evitaría los malos procedimientos de algunos que hacen la guerra a la vacas sean de amigos o enemigos. Semejante proceder es una mancha infame que recae sobre la armas nacionales" <sup>19</sup>. Tal situación hizo que Mitre especulase, un tanto cínicamente, con que al invadir el territorio santafesino sus hombres serían recibidos "si no con entusiasmo, como verdaderos salvadores de esa provincia desgraciada". <sup>20</sup>

Ante el hecho consumado de Pavón y en vista de estas repercusiones locales, la clase dirigente provincial asumió dos actitudes antagónicas: en la capital, el partido Cullen conspiraba para pronunciarse a favor de Mitre apenas se aproximase el ejército porteño; así el gobernador le prevenía a Urquiza que "Mitre va a encontrar buena acogida en esta ciudad porque hay mucha gente que le es afecta" <sup>21</sup>; y, desde Rosario, Nicasio Oroño, le sugería a Benjamín Victorica: "usted y todos los amigos del general Urquiza deberían trabajar para salvarlo de una guerra para la que ya no está dispuesto. Que Don Santiago [por Derqui] se averigüe como pueda con la comparsa que le rodea. La tranquilidad del general es la nuestra también, debe ser nuestro objetivo principal a la vez que impedir la guerra civil que nos amenaza" <sup>22</sup>. Por otro lado, Juan

Pablo López, Simón de Iriondo, Benjamín Virasoro y sobre todo, Pascual Rosas estaban decididos a resistir a todo trance. El último, a pesar de su cada vez más insostenible situación le confirmaba al vicepresidente Juan Esteban Pedernera: "Cuenta usted, pues, con el concurso de esta provincia, seguro de que será siempre consecuente con sus históricas tradiciones" <sup>23</sup>. Lo cegaba la adhesión incondicional a Urquiza, a quien le escribía, ya desesperado: "es preciso que usted no nos abandone" <sup>24</sup>. Y le confiaba sinceramente: "La profunda convicción que tengo en estos momentos, y de la que no puedo desprenderme, es que Buenos Aires trae la ruina a esta provincia, por eso es que estoy al frente de la situación dispuesto a sacrificarme hasta el último momento. Si mis compatriotas no me comprenden hoy, estoy seguro que mañana me lo agradecerán" <sup>25</sup>. No obstante, al ver que sus pedidos no encontraban eco efectivo en el Palacio San José, le suplicó a Urquiza que al menos le notificase qué debía hacer porque comprendía que "sería yo un criminal si conociendo que V.E. no coopera en la presente cuestión me obstinase en sostenerla" <sup>26</sup>.

Mientras la actitud colaboracionista hacia los invasores se afianzaba, comenzaron a desertar los principales comandantes militares santafesinos a quienes Mitre habilmente realizó toda clase de ofrecimientos a fin de que licenciasen a sus hombres. Por último, la derrota de las fuerzas a cargo de Virasoro y Laprida en Cañada de Gómez, el 22 de noviembre terminó de definir la situación. Pascual Rosas y Juan Pablo López, "viendo la indecisión de nuestros hombres, o más bien la adhesión que manifiestan por el enemigo"<sup>27</sup> tomaron el camino del Chaco, auxiliados por indios amigos, para pasar posteriormente a Paraná, donde se acogieron a la protección de Urquiza. En tanto, la capital santafesina a cuyo cargo había quedado don Mariano Comas y el ministro Iriondo, era tomada por el oriental Flores, quien nombró jefe político de los tres departamentos del norte a Tomás Cullen. Una vez pacificada la provincia, se desataría la lucha por el poder entre las facciones adheridas al nuevo orden.

### ***La Nueva Era* y el núcleo liberal puro de Rosario**

A mediados de octubre de 1861 y como consecuencia de la ocupación de Rosario por la vanguardia del ejército porteño, había hecho su aparición *La Nueva Era*, como vocero local de los fortuitos vencedores de Pavón. Su redacción estuvo a cargo de Damaceno Fernández y Pedro Nicolórich, quienes ya durante los cuatro primeros meses de 1859 habían redactado *El Litoral*, primer ensayo de periodismo crítico de la situación que precisamente por serlo tuvo efímera vigencia. Opositores declarados de la política de la Confederación urquicista y propugnadores incansables del mantenimiento de la paz con Buenos Aires, su postura, netamente liberal y pro porteña había constituido una nota atípica, casi exótica en la Santa Fe uniformemente federal de entonces. Aquella aventura periodística había culminado con el encarcelamiento de Fernández<sup>28</sup>. Llegado el tiempo de la revancha, desde las páginas del nuevo órgano sostuvieron una postura intransigente para con el sector en derrota y fomentaron por todos los medios el descrédito de la dirigencia federal, sobre todo en un primer momento, cuando aún parecía factible una reacción,

que estos liberales trataban de desestimar, burlándose de los que cifraban sus esperanzas en Derqui a quien llamaban "el mesías de las ruinas" <sup>29</sup>. Cuando Pascual Rosas apareció asociado al propósito de resistencia del Presidente de la Confederación, se lo acusó de pretender hacer "revivir los tiempos de los López", presentándolo como un "hombre aferrado a esa preocupación añeja entre santafesinos y porteños" <sup>30</sup>.

Rechazando en bloque todo aquello que desde Pavón se había convertido en pasado, los liberales rosarinos se esforzaban en realizar una caracterización global de los elementos federales, asociándolos con el usufructo de un sistema perverso, cuyas armas eran "el robo, el asesinato, la encarcelación del hombre liberal y la contribución forzosa"<sup>31</sup>. Ninguna nota positiva matizaba aquel tremendo cuadro: "mintiendo nueve años leyes, libertad, progreso, todo ha sido una mentira" <sup>32</sup>.

Si así se describía el pasado inmediato, un pasado con el que había que romper definitivamente; el presente, grávido de futuro, estaba centrado en la misión redentora de Buenos Aires. A partir de esta concepción, se interpretaba que desde hacía cuarenta años los buenos argentinos venían luchando por una política liberal y sabia, y que en ese período el "partido de los principios" se había convertido en "un verdadero mártir de la civilización de estos países", pero con lo ocurrido el 17 de setiembre por primera vez "la revolución aparece con más nervio" <sup>33</sup>. Se establecía así una conexión directa entre Mayo y Pavón, descalificando tácitamente la significación de Caseros como hito que retomaba el cauce republicano democrático de 1810. Y esto era así porque en el fondo de esta ideología subyacía la convicción ya señalada de que la regeneración política sólo podía provenir de Buenos Aires, cuya lucha por la libertad y el derecho se reivindicaba abiertamente: "Llor a Buenos Aires, vergüenza a los caudillos ruines que sólo han propendido a pisotearla y conservar a estos pueblos en el oscurantismo" <sup>34</sup>.

Así, pues, con una actitud que rozaba el servilismo, se exhortaba a los santafesinos a trocar su ingratitud por el reconocimiento "que deben inspirar los libertadores de este suelo". Se invitaban a los pobladores "que tengan algo que perder", a que colaborasen con los comisarios de distrito nombrados por el ejército porteño, conminándolos a que "arrojen de sí los colores de partido, las opiniones políticas" para sólo abrazar la "bandera de la paz, el principio del orden, la idea de la conservación [...] Unos cuantos días de empeño y veréis como la montonera que es el robo mismo se deshace".<sup>35</sup> Más tarde, la persistencia de la sorda hostilidad del pueblo de la provincia les haría confesar con una radicalidad temeraria: "queremos abatirlo, para levantarlo".

En relación a la reestructuración futura del país recriminaron a los separatistas porteños que pretendían perpetuar su aislamiento esa "idea repugnante de odioso provincialismo" y sostuvieron la necesidad de proceder a una "nueva organización nacional bajo la influencia de Buenos Aires ayudada por los elementos liberales que haya en las provincias", acabando previamente con los gobiernos federales para uniformar políticamente a la República.<sup>36</sup>

En cambio, coincidieron con sus pares bonaerenses más virulentos en la crítica a la "*política de blandura*" de Mitre, que, según ellos, no hacía más que alentar a los anarquistas.<sup>37</sup> Se mostraron impacientes ante la dilación de las negociaciones con Urquiza, pues hubieran preferido



la invasión a Entre Ríos. Cuando se publicó la correspondencia intercambiada con Mitre hicieron hincapié en "las maldades, las perfidias, de Urquiza, Derqui y demás vende-pueblos". "Nos admira -decían- ver todavía algunos ciudadanos de este pueblo que no se hayan desengañado de la inactividad de Rosas y de la farsa que les ha jugado su amigo el general de mar y tierra", al que calificaban de "señor feudal, que hace tantos años juega con los altos intereses de la provincia que gobierna a su modo sin responsabilidad ni garantías" y al que juzgaban "la causa de todos los males" pues "traiciona a los suyos haciéndolos sacrificar sin fruto". Por entonces, la contundencia de los hechos vino a confirmar esta prédica desmoralizadora, terminando de desarmar las últimas resistencias.

En efecto, a los pocos días, una vez asegurado de que continuaría manteniendo el control de su provincia, Urquiza separó a la misma de la Confederación, dando así una "puñalada por la espalda" a su propia obra, tal como Mitre lo había previsto al iniciar las gestiones de acuerdo.

### **La pugna entre "liberales"**

En tanto, Nicolórich había marchado junto con el ejército porteño comandado por Venancio Flores, adelantándose a la entrada de Mitre en la capital santafesina. Su partida tenía por objeto fundar allí un periódico que respondiera a la nueva situación. Así surgió *La Libertad*. Resultan significativas las observaciones que por entonces realizó el joven rosarino relativas al partido liberal de dicha ciudad, compuesto -según él- de personas respetables pero poco enérgicas a las que esperaba templar a través de su prédica periodística:

"El partido liberal aquí esta compuesto de las personas más respetables; sin embargo es de sentir que sean más bien dispuestos para maldecir en silencio el despotismo de los caudillos que para morir luchando por la libertad. Pero se puede alimentar la esperanza lisonjera de que han de despertar de su marasmo que los traduce culpables cuando no son más que pacientes resignados" <sup>38</sup>

A medida que se fue compenetrando del ambiente capitalino, las expresiones de Nicolórich se hicieron más y más duras para con aquellos: "hombres sin fe, sin convicciones ni religión política; en una palabra, son liberales de circunstancias, de tiempo determinado, son partidarios del poder donde quiera que se encuentre" Trazaba, pues, una tajante línea divisoria entre ellos y los "liberales de corazón y de principios". <sup>39</sup> Censuraba la actitud acomodaticia de "ciertos circuillos que por sólo ser hombres de dinero, se creen los únicos acreedores a los destinos públicos". Eran los mismos que habían estado con López, con Fraga y con Rosas "y hoy ya son defensores ardientes de la libertad y enemigos infatigables de los mazorqueros". <sup>40</sup> Acuñaando la certeza de que si se había de "repetir la escena con los mismos cómicos con los trajes cambiados" no tardarían en aparecer las resistencias al progreso y se daría lugar a la reacción del partido federal, afirmaba con vehemencia: "no debemos permitir jamás que los que ayer se lanzaban

sedientos de sangre porteña vengan a ser parte del nuevo gobierno que representa la gran idea que triunfó en Pavón".<sup>41</sup>

Si a los "liberales puros" de *La Libertad* y *La Nueva Era* le molestaba el exclusivismo de ese "círculo que ha llegado a persuadirse que tan sólo a ellos les corresponde el mando de esta provincia"; no menor debió ser el rechazo que los veteranos en la cosa pública debieron sentir por la irrupción de estos jóvenes de oscuro origen que, apuntalándose en las bayonetas porteñas pretendían interferir el juego político entre "notables". Y no tardaron en reaccionar, centrando su ataque en el principal detractor de los Cullen y sus adláteres: Damaceno Fernández. Más allá de las cuestiones estrictamente políticas, se filtraba en la crítica cierto desprecio social hacia los que, como el redactor de *La Nueva Era*, no pertenecían a los sectores de prestigio, tradicionales de Santa Fe:

"Este moderno publicista se lanza como la lava de un volcán descollando torpemente en groseros insultos contra el honor intachable de los ciudadanos más distinguidos de nuestra sociedad a los que él llama *Borbones* [...] Federales o unitarios siempre serán el blanco de sus tiros porque obedece a un sentimiento que alimentó desde su infancia. Ligado por sus *tradiciones* al partido del crimen, con cuyas explotaciones alimentó su existencia, costeó su mala educación, no puede hasta hoy reconciliarse con los salvajes unitarios que su padre le enseñó a aborrecer [...] El ilustrado partido Cullista o *Borbón* como V. le llama, constituyó en esta provincia un gobierno liberal y progresista, caracterizándose sobre todo por una tolerancia sin ejemplo".<sup>42</sup>

Veamos cual era la visión que esos sectores tenían del panorama político de aquella hora y las razones que alegaban para ocupar una posición destacada en él. En una carta de Samuel Navarro -estrechamente ligado a los trabajos políticos de Oroño en el sur de Santa Fe- dirigida a su tío Juan Cruz Ocampo, pero en realidad escrita con la meditada intención de que fuese leída por el general Mitre, encontramos una apología reivindicatoria de sus derechos políticos en tanto herederos de la tradición unitaria de los años cuarenta:

"[El sector adversario quería imponerse] A fuerza de injurias destempladas, de gritos y procaces invectivas, de diatribas desvergonzadas contra todo el partido verdaderamente decente, contra Cúllenes, Aldaos, Oroños, contra los unitarios que de buena fe, aceptando el programa de Caseros se habían adherido a la política nacional; sin tomar parte en ella y viviendo en sus negocios lamentando los errores y los desvíos, se habían quedado puede decirse entre dos aguas. Amigos muchos de ellos del General Urquiza, otros en negocios con él, no se ocupaban sino de sus cosas con abstención de todo lo relativo a política. Como yo se mantenían los Frías, los Alvarados, Paz, Fernández Blancos, Rueda, Ramírez, Olmos y muchos otros que permaneciendo en la misma inacción íbamos de nuevo a ser víctimas de los veletas que cambian con la acción del viento [...] Ahora bien, Oroño fue el de la idea de formar un Club electoral. El vio a todos y yo el que he desarrollado la idea de realiar los vástagos del antiguo partido unitario ya que bajo la invocación de lo que era

nuestro se quería de nuevo oprimirnos y enlodarnos".<sup>43</sup>

Así, pues, la lucha por insertarse con éxito en el nuevo espectro político quedó entablada paradójicamente entre los liberales principistas de prosapia federal y los federales conversos de antecedentes unitarios o, más propiamente dicho, antirrosistas; esto al menos en el sur de la provincia, ya que en la más tranquila ciudad capital, sin tener posibilidad el partido lopizta de intervención alguna por el momento, el reordenamiento político no provocó mayores controversias.

La contienda principió a exteriorizarse en las columnas de los diarios utilizadas para registrar las máculas federales que tenían en su haber los principales dirigentes de una y otra tendencia. Y es que todos, habían tenido alguna intervención pública en la fenecida época de la Confederación, salvo el elemento más joven, que, precisamente por eso, se mostraba más intransigente.

El que más ataques recibió fue sin duda Nicasio Oroño, de quien se decía que sólo su cinismo, impavidez y audacia le habían permitido sostener sus ambiciones una vez modificado el orden de cosas, cuando su pasado recientísimo ligaba tan estrechamente al reconocido proveedor de los ejércitos de "la federal jurada" con las figuras de Urquiza y Federico de la Barra, el virulento emigrado porteño redactor de *La Confederación*. Por su parte, Félix Arzac atacaría a Camilo Aldao, que a su vez, acusaba a Jacinto Corvalán, mientras Damaceno Fernández se la tomaba con el coronel Patricio Rodríguez.

Esa "guerra de pluma" fue intepretada por el nuevo administrador de la aduana de Rosario, Antonino Garzón, en su correspondencia con Mitre como un síntoma más de la disminución de las resistencia al nuevo sistema: "La misma bulla de la prensa -le decía- con polémicas personales, prueba lo que llevo dicho y que cada cual pretende sacudirse de la parte más o menos importante con que se creen manchados en la nefanda época de ominoso recuerdo".<sup>44</sup>

## **La política de fusión. Resistencias y resultados**

Las expectativas políticas a principios de 1862 estaban puestas en las próximas elecciones de representantes para conformar la asamblea provincial, encargada a su vez de designar al gobernador titular, a fin de regularizar institucionalmente a la provincia.

En vista de ello, Mitre propició la fusión de partidos, bajo la consigna de que todos siguiesen los principios liberales. Esta política conciliadora del general porteño no era más que una clara muestra de sentido común. No podía confiar la dirección de una provincia como Santa Fe, enteramente federal, a un pequeño grupo de liberales sin predicamento alguno. Era preciso captar el apoyo del elemento moderado del partido en derrota que, por su parte, estaba más que dispuesto a brindarlo a cambio de hacerse nuevamente con el poder. Los liberales rosarinos, por

su parte, se resistirían a secundar tal estrategia y ello terminaría dejándolos descolocados.

En un principio, los esfuerzos de los dos sectores adversarios adherentes a la nueva situación convergieron en la formación de un club electoral. En efecto, *La Nueva Era* había comenzado a denunciar que Oroño -no habiendo encontrado eco entre la "gente decente"- procuraba nuclear a los partidarios de López, Fraga y Rosas, valiéndose de "la vieja preocupación de provincialismo" para sublevar los animos.<sup>45</sup> Por lo tanto, daba la voz de alerta: "La *mashorca* levanta la cabeza [...] la chusma que ha sido el elemento de devastación para este pueblo [...] se prepara a combatir en las elecciones próximas al gran partido de la libertad".<sup>46</sup> Apercebidos, pues, de las reuniones diarias de sus adversarios y sus planes conducentes a encaramarse en el poder, se lanzaron a cruzarlos: "nos presentamos entre esa turba de federales más de doscientos entre porteños y liberales de la provincia", relataba a *La Tribuna* su corresponsal en Santa Fe; y de esa tumultuosa reunión surgió una mixturada comisión directiva presidida por José María Zuviría y Antonino Garzón<sup>47</sup>.

En una nueva asamblea llevada a cabo el 25 de enero los miembros del club electoral decidieron que dicha agrupación se denominara *Club Libertad*, considerándose que ese nombre era la expresión genuina de los intereses que representaba, ya que dicho organismo había surgido a consecuencia del triunfo obtenido en Pavón por el ejército libertador. También en esa asamblea se aprobó el programa de la nueva agrupación. En él se decía que el futuro gobierno de la provincia debía perseguir dos grandes fines: la reconstrucción del poder nacional según la constitución reformada y el engrandecimiento de la provincia. Para conseguirlos el gobernador debía ser un seguro adicto al partido liberal porque de no ser así se convertiría en un obstáculo para la paz y, por consiguiente, para el progreso. Reconocióse que Santa Fe se hallaba trabajada por el espíritu de partido contra Buenos Aires, lo que se juzgaba había sido su ruina, puesto que se le había hecho creer a sus habitantes que su engrandecimiento dependía del quebranto porteño y para ello se había pretendido entronizar a Rosario como rival de aquel emporio comercial a través del establecimiento de los derechos diferenciales. Aquella "vida artificial" había creado una vinculación entre los intereses políticos de los elementos vencidos en Pavón y los intereses comerciales "mal entendidos", lo que había generado una predisposición contraria a entrar en "la nueva era de la fraternidad y la unión". Por todo eso el nuevo gobierno debía romper con "esa cadena de odios y pasiones políticas que forman la historia de esta provincia con la de Buenos Aires, entendiendo que el yunque sobre el que se modelaría el progreso futuro sería precisamente la unión política y comercial con la capital histórica". De allí derivarían la paz, la valorización de la propiedad territorial (a través del ensanche y seguridad de las fronteras, y de la extirpación del robo de ganado y de las depredaciones de los indios) y el progreso comercial (lo que sólo se conseguiría genuinamente ligándose a Buenos Aires, centro del crédito y de las transacciones, de donde debían provenir los capitales que Santa Fe necesitaba). Además había que considerar que la provincia se convertiría en el punto de partida de las líneas ferroviarias y en posible sede de la capital de la República. Concluían que "tanto bien en perspectiva, asuntos de tan vital importancia exigen hombres especiales en el gobierno que va a fundarse".<sup>48</sup>

Como se puede observar, tal programa constituía una verdadera formalización de la renovada alianza con Buenos Aires, que -según hemos apuntado- se había venido configurando desde 1860. Pero si todos los miembros del club estaban de acuerdo en ello, las divergencias se centraron en los individuos encargados de llevar a cabo esas consignas.

Los liberales rosarinos se apresuraron a plantear la cuestión de fondo, seguramente concibiendo que ella encerraba su única carta de triunfo; esta era la adhesión incondicional a Buenos Aires o la prolongación de la resistencia. En este punto, ellos nunca habían hesitado en exhibir abiertamente su tendencia pro porteña: "El triunfo del Partido Liberal en este pueblo -decían- importa la unión verídica con Buenos Aires".<sup>49</sup>

Dispuestos a sacar partido por haber sido los primeros en apoyar ese proyecto desafiaron desembozadamente el programa mitrista afirmando: "Ellos o nosotros [...] Nada de fusión. Reunámonos en torno a la bandera del *Club Libertad*. El partido del retroceso, del robo y del exterminio está vencido moral y materialmente: no demos lugar a que se rehaga".<sup>50</sup> Y cuando fueron derrotados en las elecciones, y debido a esta postura intransigente, quedaron excluidos de la composición de la Asamblea Legislativa, no dudaron en reprochar a los dirigentes porteños el rumbo impuesto a Santa Fe, desoyendo a los auténticos aliados: "Buenos Aires se muestra indiferente y a esta sombra se levantan los federales más reconocidos, los indultados después de Gómez gritando: Viva la libertad [...] Antes nos perdía la perfidia del caudillaje; hoy la fusión de los vencedores".<sup>51</sup>

El 2 de febrero habían tenido lugar esos comicios, adoptando el ejército porteño una postura prescindente, con lo que dio un tácito respaldo al sector fusionista, único capaz de realizar la movilización electoral. Algunos oficiales aislados como Francisco del Prado se solidarizaron con el sector liberal intransigente de Rosario y participaron activamente tratando de reclutar votantes para la lista encabezada por Damaceno Fernández, Jacinto Corvalán y Mariano Amigo, pero las fuerzas del coronel Patricio Rodríguez, puestas al servicio de los fusionados, lograron impedirlo. Descolló particularmente la labor realizada por Nicasio Oroño, que llegó a convertirse en el árbitro de la situación, lo que le valió más tarde su nombramiento de presidente de la Asamblea Legislativa:

"[Oroño] ha conseguido un triunfo en toda la provincia y ha realiado todos los pequeños partidos de los jefes guasos de Santa Fe induciéndolos a aceptar al General Mitre, con sus promesas y su programa, como el único argentino capaz de hacer hoy la felicidad del país, como el único digno de merecer la confianza de todos. Así es que los partidos de López, Rosas, Cullen y otros están todos aliados y bajo la inspiración de Oroño. Es un joven de mérito bien dispuesto y bien intencionado: ha hablado bien a los gauchos y les ha hecho comprender que quien más ayudará al general Mitre es el mismo general Urquiza. Hoy no hay ya quien gane elecciones a Oroño".<sup>52</sup>

En los otros departamentos se impusieron también los partidarios de Patricio Cullen. Un

miembro de aquel círculo en ascenso le imponía de ello al general Urquiza, en virtud de que sabía que “V. E. gusta de ese candidato”.<sup>53</sup>

En consecuencia la Legislatura quedó integrada por Severo Basabilbaso, Quintín Valle, José María Echagüe, Carmelo Lassaga, Santiago Sañudo y Manuel I. Pujato, por la Capital; José María Zuviría, Lucas González, Martín Fraguero, Carlos María Saravia, Pedro Lassaga y Pedro Benegas, por Rosario; Nicasio Oroño y Tomás Cullen, por San Jerónimo, y Pedro Rueda y Julio Busaniche, por San José.

Así, pues, los sectores políticos de peso social y tendencia moderada sobrevivieron al naufragio de Pavón, asidos a la tabla del liberalismo fusionista.

Los intransigentes nucleados en Rosario, intentarían diferenciarse fundando una agrupación que en verdad reuniera a los liberales de principios, a la que denominaron *Club de Mayo*, pero más tarde comenzaron a actuar en forma conjunta con los federales "ultras" reagrupados en torno a las figuras de Pascual Rosas y Simón de Iriondo, constituyéndose una extraña coalición de elementos heterogéneos, cuyo único nexo era la común aversión al círculo encaramado en el poder. Se fue diluyendo así la identidad liberal de aquel grupo, a la par que la misma se afirmaba en la facción gobernante, la que paralelamente se dejó ganar por una tendencia a replegarse sobre sí misma. Oroño, una vez admitido -no sin esfuerzo- en el nuevo régimen, en el que se había infiltrado utilizando el canal que le facilitaba su integración a la familia-gobierno de los Cullen, delinearía con trazos cada vez más firmes el desdibujado perfil inicial del partido liberal santafesino, poniendo con ello los cimientos del que en los años subsiguientes se convertiría en un liderazgo innovador y progresista.

En efecto, el nombre del estadista corondino quedaría definitiva e inextricablemente ligado a la singular primera expansión material santafesina que fue acompañada por un no menos remarcable desarrollo institucional. Pero además y sobre todo, él sería el verdadero pivote de la conversión de la otrora vanguardia aguerrida de la Confederación en “provincia modelo” alistada en pro del sostenimiento de la paz y del nuevo orden nacional, al que sirvió de sólido puntal en los diversos momentos críticos por los que debió atravesar. Por su situación geográfica y su posición política, Santa Fe constituyó un enclave estratégico de vital importancia para el poder central, en tanto muro de contención de la influencia urquicista y cuña liberal que separaba, incomunicándolos, al federalismo reaccionario del Interior de sus aliados mesopotámicos. Tal planteo alude, en el fondo, al momento y a la forma en que una élite provincial se nacionaliza, en la medida que acuerda con la que tradicionalmente se había mostrado poseída de una clara vocación hegemónica sobre la base de grandes principios o puntos clave posibilitando así la progresiva consolidación del sistema. Pero este alineamiento liberal estuvo lejos de significar la aceptación genuflexa de la tutela mitrista. Si se contribuyó decididamente a la construcción y sostenimiento de la demorada unidad política argentina, se lo hizo desde una postura profundamente crítica frente a un régimen que traicionaba demasiado los principios doctrinarios en los que decía asentarse. Por eso no se dejó de denunciar la sanguinaria conducción de la guerra contra la montonera, que mostraba las flagrantes contradicciones en que incurría el sedicente "partido de los principios", entregado a

todo género de excesos en su desembozado afán de exterminar al adversario. Se dejó también al descubierto el espíritu faccioso y revanchista dominante en el Congreso "liberal" de la Argentina reunificada, violatorio de la igualdad, plasmado en una innoble política de vencedores que impuso el privilegio porteño. Se ofreció una resistencia ineludible a los avances del poder central sobre los fueros autonómicos provinciales y se clamó por la tolerancia y la conciliación ante el desprecio especulativo de quienes preferían el empleo de la fuerza armada, no sólo para restablecer el orden, sino para controlar a los poderes locales y como medio coercitivo con fines electoralistas.

De esta manera, Santa Fe se convirtió en el transcurso de la década de 1860 en un escenario espacialmente cercano pero políticamente equidistante de las dos contrarias influencias dominantes en la época: la federal personalista de Urquiza y la liberal centralizadora de Mitre, frente a las que comenzó a emerger una tercera alternativa nacional, liberal autonomista, sustentada por Oroño en alianza con el alsinismo bonaerense, que no por tempranamente frustrada dejó de ser significativa. Por otro lado, la gestión del santafesino, promotora de una transformación integral basada en la articulación de una *política agraria de avanzada* (inspirada en el modelo norteamericano, que permitió el fácil acceso a la tierra bajo condiciones de poblamiento y cultivo, generándose así una clase de pequeños y medianos propietarios en medio de un país dominado por el latifundio y el sistema de arrendamiento) con la *expansión de la educación común* (en 1866 se sancionó en la provincia la ley de enseñanza gratuita y obligatoria, con penalidades para los padres que no enviaran a sus hijos al colegio, acompañada por una redistribución presupuestaria efectiva) y la adopción de una *legislación civil laicista* (en la que se inscriben el intento de expropiación del convento de San Carlos en San Lorenzo para convertirlo en escuela agrónoma, la secularización de los cementerios y la sanción de la ley de matrimonio civil de 1867), lo constituye en exponente de una variante claramente diferente, por su radicalidad y coherencia, del tibio e incongruente liberalismo argentino de la época.<sup>54</sup>

## NOTAS

<sup>1</sup> "Santa Fe", *La Confederación*, Rosario, 1o. de mayo de 1861.

<sup>2</sup> EVARISTO CARRIEGO, "Entendámonos", *El Progreso*, Rosario, 25 de febrero de 1861.

<sup>3</sup> En una de las cartas que Fraga comenzó por entonces a enviarle asiduamente a Mitre, le decía: "*Las palabras que me dirije V.E. me impulsan nuevos alicentos en mi carrera pública, porque en todos los pasos que he dado en mi administración no he tenido más espíritu que contribuir a radicar la intimidad en nuestros pueblos y merecer la aprobación de los hombres de altura como V.E.*", en MUSEO MITRE (MM), *Archivo Inédito del General Mitre (AIGM)*, Doc. N°.9981, Santa Fe, 16 de octubre de 1861.

<sup>4</sup> MM, *Archivo del General Mitre (AGM), Campaña de Pavón*, Buenos Aires, Biblioteca de "La Nación", 1911. Tomo VIII, pág. 383. De Rosendo M. Fraga a Juan Andrés Gelly y Obes, Buenos Aires, 1 de setiembre de 1861.

<sup>5</sup> MM, *AIGM*, Doc. N°.9974, Rosario, 16 de mayo de 1860.

<sup>6</sup> MM, *AIGM*, Doc. N° 9998, Rosario, julio de 1860. Citado parcialmente por JAMES R. SCOBIE, *La lucha por la consolidación de la Nacionalidad argentina*, Buenos Aires, Hachette, 1979, pág. 295.

<sup>7</sup> Cfr. CARLOS ALBERTO FLORIA, "La crisis del 61 y el nuevo orden liberal. 1852-1864", en *Pavón y la crisis de la Confederación*, Buenos Aires, Equipos de Investigaciones Históricas, 1965.

<sup>8</sup> MM, *AGM, Antecedentes de Pavón*, Buenos Aires, La Nación, 1911, tomo VII, pág. 19. De Santiago Derqui a Bartolomé Mitre, Paraná, 29

de agosto de 1860.

<sup>9</sup> MUSEO HISTÓRICO PROVINCIAL DE ROSARIO "DR. JULIO MARC" (MHPR), *Archivo de la Jefatura política de Rosario (AJPR)*, 1860, tomo B. Elecciones para convencionales, 5 de agosto de 1860. Se consigna la emisión de 2939 sufragios en favor de la fórmula oficialista.

<sup>10</sup> Cfr. MIGUEL ÁNGEL DE MARCO, *Notas sobre la política santafesina. De Cepeda a Pavón*, Rosario, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales (UCA), Instituto de Historia, 1982, pág. 24 y siguientes.

<sup>11</sup> MHPR, *Archivo del Coronel Manuel A. Pueyrredón*, Caja 18. Rosendo María Fraga al Coronel Pueyrredón, Santa Fe, 1 de agosto de 1860: "Por aquí no hay cuidado, estamos fuertes y apoyados en la justicia y la ley. Los candidatos constitucionales triunfarán a no dudarlo".

<sup>12</sup> "Elecciones en Santa Fe", *La Confederación*, Rosario, 9 de agosto de 1860.

<sup>13</sup> Cfr. *Polémica sobre la Constitución. Juan Francisco Seguí - Bartolomé Mitre*. Con estudio preliminar de Néstor Tomás Auza. Buenos Aires, Instituto Histórico de la Organización Nacional, 1982. Documentos, N° 3.

<sup>14</sup> *La batalla de Pavón. Discusión histórica entre el Dr. Martín Ruiz Moreno y D. Nicasio Oroño*. Buenos Aires, Bouldosa, 1900, pág. 47. Joaquina, 30 de agosto de 1900.

<sup>15</sup> MHPR, *AJPR*, 1861, tomo C. Sección Impresos. El Presidente de la República Argentina, Rosario, Imprenta de la Confederación, 19 de setiembre de 1861.

<sup>16</sup> Cfr. PATRICIA PASQUALI, "Algo más sobre Pavón y la resistencia federal", en *Investigaciones y Ensayos*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1994, N° 44, p. 321-363.

<sup>17</sup> ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN (AGN), *Archivo Urquiza (AU)*, Sala VII, legajo 233, folio 63. De Tomás Lubary a Urquiza. Diamante, 8 de octubre de 1861.

<sup>18</sup> *Ibidem*, leg. 233, folio 31, 5 de octubre de 1861.

<sup>19</sup> *Ibidem*, folio 42. Diamante, octubre 6 de 1861.

<sup>20</sup> MM, *AGM, Campaña de Pavón*, cit., tomo VIII, pág.243. De Mitre a Manuel Ocampo, Estancia de Barrera, sobre el Arroyo del Medio, 4 de octubre de 1861.

<sup>21</sup> AGN, *AU*, leg. 234. Santa Fe, 13 de noviembre de 1861.

<sup>22</sup> *Ibidem*, leg. 233, folio 69. Paraná, 8 de octubre de 1861.

<sup>23</sup> *Ibidem*, leg. 234. Santa Fe, 14 de noviembre de 1861.

<sup>24</sup> *Ibidem*, leg. 235. Salado, 24 de noviembre de 1861.

<sup>25</sup> *Ibidem*, leg. 235, folio 183-184. Salado, 26 de noviembre de 1861.

<sup>26</sup> *Ibidem*, 27 de noviembre de 1861.

<sup>27</sup> *Ibidem*, leg. 236. Pascual Rosas al ministro de Guerra y Marina, Arroyo del Agua, 2 de diciembre de 1861.

<sup>28</sup> Cfr. DE MARCO - FISCHER - DIAZ NICOLAU - PALLAVICINI, *Orígenes de la prensa en Rosario*, Santa Fe, Colmegna, 1969, pág. 44-46.

<sup>29</sup> DAMACENO FERNÁNDEZ, "Derqui y Rosas", *La Nueva Era*, Rosario, 26 de octubre de 1861.

<sup>30</sup> *Ibidem*.

<sup>31</sup> "De Córdoba", *La Nueva Era*, Rosario, 24 de octubre de 1861.

<sup>32</sup> "La mentira", *La Nueva Era*, Rosario, 26 de octubre de 1861.

<sup>33</sup> PEDRO NICOLÓRICH, "Tengamos fe y no precipitemos los sucesos", *La Nueva Era*, Rosario, 26 de octubre de 1861.

<sup>34</sup> *Ibidem*.

<sup>35</sup> "El medio es fácil. ¡A la obra, pues!", *ibidem*, Rosario 29 de octubre de 1861

<sup>36</sup> PEDRO NICOLÓRICH, "Contestación al Sr. Mármol", *ibidem*, Rosario, 29 de octubre de 1861.

<sup>37</sup> "No puede durar", *ibidem*, Rosario 29 de octubre de 1861.

<sup>38</sup> PEDRO NICOLÓRICH, "Santa Fe", *ibidem*, Rosario, 10 de diciembre de 1861.

<sup>39</sup> "¡Arriba, pues!", *ibidem*, Rosario, 29 de diciembre de 1861.

<sup>40</sup> "Fijémonos bien", *ibidem*, Rosario 10 de enero de 1862.

<sup>41</sup> "Siempre la ambición", *ibidem*, Rosario, 11 de enero de 1862.

<sup>42</sup> UN LIBERAL, "Qué coraje tienen!!", *La Patria*, Rosario, 24 de enero de 1862. Para entender este ataque al joven Damaceno es preciso recordar que éste era hijo del coronel José Agustín Fernández, quien había encabezado en el *Hueco de Cardozo* el pronunciamiento de los milicianos



rosarinos a favor de Urquiza el 25 de diciembre de 1851.

<sup>43</sup> MM, *AIGM*, doc. N° 10042. Rosario, 7 de febrero de 1862.

<sup>44</sup> MM, *AIGM*, tomo X, pág. 155-156. Rosario, 28 de enero de 1862.

<sup>45</sup> “Se dice”, *ibídem*, Rosario, 22 de enero de 1862.

<sup>46</sup> “Otra vez D. Nicasio”, *ibídem*, Rosario, 31 de enero de 1862.

<sup>47</sup> “Correspondencia de La Tribuna”, Buenos Aires, 24 de enero de 1862.

<sup>48</sup> “Programa del Club Libertad. Aceptado en la última reunión del 25 del presente”, *La Nueva Era*, Rosario, 29 de enero de 1862.

<sup>49</sup> “Alerta”, *ibídem*, Rosario, 20 de enero de 1862.

<sup>50</sup> “Nada de fusión”, *ibídem*, Rosario, 25 de enero de 1862.

<sup>51</sup> “La reacción vuelve”, *ibídem*, Rosario, 5 de febrero de 1862.

<sup>52</sup> MM, *AIGM*, doc. N° 10042, Samuel Navarro a Juan Cruz Ocampo, cit.

<sup>53</sup> AGN, *AU*, legajo 240. De José Iturraspe a Urquiza, Villa Urquiza, 18 de febrero de 1862.

<sup>54</sup> Cfr. PATRICIA PASQUALLI, *La instauración liberal. Urquiza, Mitre y un estadista olvidado: Nicasio Oroño*, Buenos Aires, Planeta, 1993.